

ABEL: TERROR EN DEER MOUTH.

Chris Gretna

ABEL:  
TERROR EN  
DEER MOUTH.

UN TRÁGICO INICIO, UN TRÁGICO FINAL.

CHRIS GRETNA

# Capítulo 1

## Capítulo 1: Ermitaño.

El valle de Deer Mouth es famoso por su denso bosque de coníferas, y en menor medida por sus extensas grutas que cubren gran parte de este, teniendo como punto principal el pequeño pueblo de Dove Wood que cuenta con un poco más de dos mil habitantes, sus gélidas temperaturas hacían del lugar un sitio apto solo para los más aventurados, y su lejanía con las ciudades más próximas lo convertían en un pueblo olvidado de la mano de dios.

Si bien el pueblo no pintaba para ser el lugar ideal de aquellos que dependían de una fuerte relación social, era el sitio indicado para quienes anhelaban la calma y tranquilidad lejos de las ajetreadas ciudades, uno de los motivos por el cual Abel Wilson hace poco más de veinte años se había mudado a Dove Wood.

Su cabaña era pequeña y acogedora siempre exhalando humo por la diminuta chimenea, aun costado de la misma yacía inamovible un tanque metálico lleno de remaches blancos, el cual tenía marcadas manchas de hollín.

Justo a escasos metros de lo que divulgaba ser una letrina se encontraba un hombre alto y fornido, de barba larga y abultada desbordante de bellos plateados que daban fe de su avanzada edad, si bien para alguien que no estuviese acostumbrado a esas condiciones, sería necesario tomar el mango del hacha con ayuda de acolchados guantes, para aquel solitario hombre no suponía mayor problema, sus manos estaban tan acostumbradas al trabajo duro que las inclemencias del mal clima no mermaban sus esfuerzos para de un único tajo partir en dos los gruesos troncos.

Aquel hombre era conocido como Abel "el terror de los osos", y no era para menos, según los rumores decían que cazaba osos con sus propias manos, otros decían que únicamente se alimentaba de carne de esas bestias, y los más atrevidos aseguraban que mantenía relaciones carnales con los ya mencionados.

En un lugar tan pequeño como Dove Wood los rumores se esparcían rápido, y aún más se les daba mucha credibilidad, sobre todo si él acusado no hacía nada para limpiar su nombre, pero esto era algo que no le incomodaba en absoluto al viejo Abel, pues se aprovechaba de estos

disparates para mantener alejadas a las personas de él.

Si bien se había alejado de la ciudad y del resto de las personas era por un gran motivo, pues la confesión que le hizo su esposa en su lecho de muerte, le cambio la vida para siempre.

<<

- Mi amado Abel... espero me perdones.

Aquella trágica mañana marcaba el inicio de la primavera, pequeñas golondrinas cantaban joviales sobre el marco de madera en una vieja ventana, la habitación estaba perfectamente iluminada con la tenue claridad del sol de marzo, dentro de la misma un puñado de personas posaban al pie de una cálida cama, algunas sollozando otras en silencio con la mirada perdida, y tendida sobre aquel lugar yacía Claire Wilson, la compañera de toda una vida de Abel, su amada esposa...

- No te esfuerces demasiado cariño. – sus lágrimas eran genuinas y caían sobre la almohada de su mujer. – todo... todo estará bien.

De alguna forma Abel tenía que sacar fuerza para sobre llevar el momento, ya que ver a una mujer tan intensa y amorosa en un estado extremo famélico era abrumador. Su boca supuraba un poco de saliva con leves tonos rojizos, su piel estaba tan reseca que asemejaba ásperas páginas de un viejo libro, y su cabello... bueno su cabello ya no existía más, cortesía de las quimioterapias. El cáncer es un enemigo mortal.

- Abel no me queda mucho tiempo. –quizás Claire podía sentir como su alma intentaba desprenderse de su cuerpo, para librarse de una vez por todas de esa agonía. – así que... por favor escúchame.

Como nunca en la vida, Abel acaricio con tal ternura el rostro de su amada Claire, se acercó a ella sorteando un poco las manguerillas de suero conectadas a su piel.

- Abel... pronto moriré, y quiero liberarme de esta pesada carga que eh llevado conmigo todos estos años.

Él, simplemente guardaba en silencio, contemplando a aquella hermosa mujer que se había marchitado por una terrible enfermedad, su mente estaba distante y por momentos presente, no se le podía culpar de ello, ya hace varios días que no dormía con tranquilidad.

- Abel... tuve un amorío en secreto tuyo...

En ese momento los débiles ojos de Claire tomaron valor y fuerza para cruzarse por una última vez con los de su esposo, pero este parecía no

reaccionar, la mirada de Abel estaba perdida entre las frazadas que cubrían a Claire, y así permanecieron inamovibles, su rostro ya no mostraba aceptación por lo inevitable, sino que vio surgir de nuevo el dolor inconmensurable en él.

- Espero que algún día me puedas perdonar... me encuentro muy arrepentida de ello.

Después de aquellas palabras se acercó una mujer, que con ciertos rasgos que asemejaban a los de la frágil Claire.

- Basta mamá... no sabes lo que dices... debes estar confundida. – Su mano se aferraba firme a los huesudos pies de Claire.

Pero ella continuó.

- Lo lamento mucho Abel.... Abel... Abel.

Pero este no le respondió, él simplemente se limitó a dejar la mirada clavada en las frazadas mientras que poco a poco iba soltando la mano de su moribunda mujer.

- Abel... siempre te amare.

Aquel viejo hombre aun no terminaba de soltar del todo la mano de su esposa, cuando repentinamente ella la dejó caer, fue la señal que dio partida a un largo pesar en la familia Wilson, pues Claire murió en las manos de su amado Abel, quien por dentro instantes antes había muerto con aquella firme confesión.

Ni bien pasaron un par de semanas cuando su única hija le intentaba convencer de que no abandonara su hogar, pero aquel devastado hombre tenía un caos en sus emociones y ese lugar le causaba demasiado dolor, algo dentro de él se quebró y nunca más volvió a ser el mismo de antes, aquel amoroso padre y esposo murió con Claire. Abel solo se quedó el tiempo suficiente para comprobar que las cenizas de su difunta esposa reposaran en lo que alguna vez fue su amado hogar, después de ello se marchó para no volver nunca más.

>>

Desde ese día su vida comenzó en el valle de Deer Mouth, tan solitario y distante del resto de personas, y poco a poco volviéndose un auténtico misterio para los lugareños, sumergido en un mundo de soledad, pero en el cual había encontrado la armonía necesaria para resistir lo que le quedaba de vida, pues el mero hecho de sobrevivir a las férreas condiciones del valle lo mantenían distraído del dolor que le provocaba

aquella vieja herida.

Aquel lúgubre hombre era padre dos hermosa hijas, Clementina y Jessica Wilson, esta última siendo la hija mayor y que tristemente descansaba en algún campo santo del viejo continente, mientras que Clementina recién cumplía sus treinta años de edad, a sus cinco años ella se quedó bajo el cuidado de su tía Geraldine hermana de su madre fallecida, y pese a que fue abandonada por su padre esta nunca le guardo ningún rencor, pues pese a su corta edad ella comprendía que su padre había sufrido lo suficiente como para quizás volverse loco, más sin embargo eso nunca le impidió implorarle en repetidas ocasiones que regresara por ella, pues sin importar que, él era su padre.

La vida de Clementina era casi perfecta, exceptuando la muerte de su madre y el abandono de su padre, pues su tía Geraldine le dio todo cuanto pudo, desde su infinito amor hasta el más mínimo capricho que ella pudiese tener, Geraldine tenía una profunda necesidad de complacer a su sobrina, pues el remordimiento de no haber podido darle un hijo a su marido la llevo a una profunda depresión, misma que al paso del tiempo empeoró, afectando a su matrimonio hasta acabar con el, motivo por el cual Clementina se había convertido todo en su vida.

- ¡Hola, papá! Me alegro de por fin poder hablar contigo...

Aquel era un teléfono bastante antiguo, con algunas magulladuras sobre los números, si bien era difícil mantener una comunicación fluida aún seguía siendo bastante funcional.

- Pues bien... como va todo Clem. – Abel realmente era alguien escueto en cuanto a sus conversaciones, pero eso era algo que no le incomodaba en lo más mínimo a su hija.

- Si utilizaras más el móvil, me sería más fácil poder comunicarme contigo sabes.

- Venga Clem, dejemos eso... todo el tiempo me lo estas restregando. – La realidad era que a Abel no se le daba muy bien la tecnología, y el exilio autoimpuesto había agraviado esa faceta suya.

- Si te lo digo es por algo papá, la verdad creo que a Tim le molesta que le llame todo el tiempo para saber de ti.

Debido a que Abel vivía en los límites de Dove Wood, no tenía acceso a la red satelital del pueblo, por lo cual el pensar en instalar un teléfono en su cabaña era algo impensable, eso sin mencionar que no tendría demasiados contactos con los cuales conversar.

- ¿Qué? ¿Tim se molesta? ... Venga Clem... ¡Que le jodan! – sin remordimiento desenfundo el comentario.

- Papá por favor, baja la voz... te puede escuchar Tim...

- Descuida hija, al muy mal nacido le pago por el servicio... ¡Pese a que sea un robo!

El padre de Clementina no era una persona especialmente conocida por su cortesía, pero eso a Tim no le importaba, mientras él le pagara un dólar con cincuenta por los cinco minutos de uso del teléfono todo estaría bien.

- Espera papá mira quien ha despertado...

El semblante de Abel cambio por completo, ya que esas palabras solo podían significar algo.

- Hola... abuelito.

Del otro lado del teléfono se encontraba su pequeña nieta, una tierna niña de escasos cinco años, la misma edad con la que contaba Clem cuando la dejó a cargo de su tía.

- ¡Hola Regina, cariño! ¡¿Cómo has estado?! – para él su pequeña nieta era lo único que le podía llenar de verdadero júbilo, siempre estaba expectante de cuando sería su próxima visita, pues solamente la podía ver una vez al año, y por lo general era en el periodo vacacional de verano, cuando las temperaturas del valle no eran tan extremas, pero aun así debían abrigarse con esmero.

- ¡Abuelito! ¡Te quiero mucho! mami me prometió que pronto te veríamos.  
– Regina era tan tierna como su corta edad le permitía, esa delicada voz le recordaba a la de Clem cuando tenía su edad.

- ¡Estupendo, ovejita! – y su apodo no estaba para más, ya que Regina era una niña de gran cabellera rizada y rojiza como la de su madre, asemejando a ojos de Abel el pelaje de una tierna oveja. – te estaré esperando con una sorpresa la próxima vez que te vea...

La visita de Regina quizás era lo más esperado del año para Abel, pese a que su estadía era breve (un par de días, como mucho tres), contaba los días para poder estar con su amada nieta, se tomaba el tiempo para prepararlo todo y poder recibirlas a las dos. Por otra parte, su relación con su yerno no era del todo buena pese a que Jordi hacía hasta lo imposible por agradarle al viejo desabrido, motivo por el cual no solía acompañar a Clementina de visita con su padre.

- Papá... esto... ¿qué has pensado sobre la propuesta que te hicimos? – su voz se entrecortaba y no era por el viejo teléfono de Tim, pues los nervios le abordaban siempre que tocaba ese tema. - ¿papá?

- Húm... - pero él no respondió en seguida, solo gruñía como intentando encontrar las palabras adecuadas, pues su nieta estaba presente. – Clem... sabes muy bien que no tengo intención de abandonar este lugar, ni mucho menos vivir con ustedes...

Abel tenía presente que durante los últimos años su comportamiento con Jordi no había sido el mejor, al igual que Dove Wood se había convertido en un lugar que le proveía sosiego al pesar de su difunta esposa.

- Por lo menos piénsalo un poco más papá, aunque sea hazlo por Regina. – los verdaderos motivos de Clem eran mantener a su papá lo más cerca posible de ella, pues temía por la integridad de él debido a su edad, si bien cincuenta y seis años aun no eran un problema para Abel, Clementina sabía muy bien que al pasar el tiempo sería más difícil lidiar con su terquedad.

- Quizás debas saber que Jordi está de acuerdo papá.

Pero Abel no iba a ceder con facilidad.

- Hija... ¡ejem! - tocio un poco para aclarar la garganta. - ¿Qué te parece si lo conversamos en tu próxima visita?

- Veras, papá con respecto a eso... -Y en seguida el tono muerto del teléfono fue lo único que Abel escucho.

- ¿Clem? ¿Hija?... ¿hola? – y de un seco golpe encastro el teléfono en su sitio. - ¡Tim! ¡Tim! ¡Esta porquería volvió a fallar!

Esa mañana culminó la poca paciencia con la que contaba Abel después de aquel fallido intento por conversar con su hija, luego de ello solo se limitó a realizar un par de compras más en la poco concurrida tienda de Tim, este vendía todo tipo de herramientas o víveres, y en algunas ocasiones carne ceca, nunca especificaba de que animal procedían, pero los paladares tan curtidos como los de Abel bien podrían diferenciar cuando se trataba de un alce o de algún viejo caballo.

- ¡Abel! – apresuro Tim a detenerlo antes de que saliera por la puerta. - ¿Crees que me puedas conseguir más piel?... tengo un cliente especialmente interesado en hacer negocios, por si te interesa.

Pero este después de escuchar la propuesta de aquel hombre regordete

continúo caminando, cerrándole por poco la puerta en el rostro.

- Veré que puedo hacer... - y Abel continúo con su camino hacia su vieja camioneta.

- Esos lobos yo no los cace, fueron envenenados por alguien más. - pensó mientras ajustaba un bulto de alimento para canes que por poco se le resbalaba.

Al seguir con su camino y a escasos metros de su camioneta, se percató de un trio de jóvenes reposando sobre ella, por la pinta podría asegurar que no se trataba de locales.

- ¿turistas? – se preguntó mientras apresuraba el paso.

Cuando por fin llego a su camioneta sin mediar palabras coloco el bulto de alimento sobre la caja trasera, a la par de que arrojaba unas cuantas cajas repletas de clavos y algunas piedras para afilar, pero los chicos no se inmutaron y continuaron con su conversación. Uno de ellos estaba sentado sobre la portezuela de la camioneta, por lo cual Abel pensó que con solo colocar las cosas sobre la misma era más que suficiente para ahuyentarlos, pero no fue así.

- ¡Largo de mi camioneta! – rugió el colérico hombre, mientras soltó un seco golpe sobre el toldo.

Si bien no hubo respuesta, Abel tenía la opción de simplemente encender su camioneta y emprender la marcha, sin remordimiento a que alguno de los jóvenes saliera lastimado, pero no fue así, él estaba decidido a remediarlo cara a cara.

Se acercó sin aviso al grupo de chicos, y tomando de un fuerte apretón el brazo de aquel desdichado que estaba sentado sobre la portezuela, lo lanzó de bruces sobre el pavimento, Abel estaba listo para la respuesta de los jóvenes, pero lo que sucedió lo desconcertó por completo.

- ¡Oh dios mío! ¿Por qué hizo eso señor? – le apresuro uno de los jóvenes, tenía un acento extraño, quizás era alemán.

- ¡Les pedí que se alejaran de mi camioneta! – nuevamente descargo un golpe, esta vez contra una de las calaveras del vehículo.

- ¡Lo lamentamos mucho señor! – resoplo alarmado el joven que estaba ayudando a levantar a su compañero.

Pero Abel dio un paso más acortando la distancia contra ellos, si él se lo

proponía realmente podía ser intimidante.

- ¡Le ruego nos disculpe señor! – alarmado el primer joven que se había referido con él, le intentaba explicar con confusos ademanes, a la par que se interponía entre el colérico Abel y sus amigos. – ¡no nos percatamos de su presencia, le suplico nos perdone!

Era evidente que los chicos sentían pavor por la situación, pues aquel brabucón frente a ellos, por lo menos diez puños les superaba en altura y al más fornido de los tres le doblaba en tamaño, sin mencionar que su áspera voz y pausada habla le daba un toque macabro.

- ¡Simplemente aléjense! – de media vuelta regreso a su camioneta y concluyo tan rápido como había empezado aquel embrollo.

Los tres turistas se levantaron sin demora y se pusieron a salvo de Abel en la cafetería contigua, pues temían que con su camioneta les arrollara.

El gran Abel, un hombre que no sentía mayor aprecio por las personas (salvo por su hija y nieta), motivo por el cual era temido, razón por la que era evitado, un auténtico ermitaño que adoraba su soledad, y que de momento se dirigía a lejana cabaña que el mismo había construido.

## Capítulo 2

### Capítulo 2: Forasteros.

Aquella mañana pintaban las condiciones ideales para una tempestuosa nevada, un simple alfiler podía desatar la tormenta perfecta, pero el valle resistió, solo conservo el gélido aliento por sobre las tierras con gracia y hostilidad, algo que solo Deer Mouth podía conseguir.

Abel salió apenas adormilado de su cabaña, ni bien sintió la primera ráfaga helada empuño sus manos por instinto, era un guerrero por naturaleza, y en su psique solo cabía la idea de hacerle frente a la tempestad, Deer Mouth no tenía clemencia con los débiles, y Abel lo sabía muy bien. Se posiciono en el primer escalón de la cabaña, remojo un poco sus reseco labios, y de un fino silbido irrumpió entre los susurros del viento.

Espero inmóvil un par de segundos, apenas girando los ojos a su alrededor, pese a su edad aún conservaba una excelente visión y en su periferia lograba ver todo con perfecta claridad. De pronto un leve jadeo llamo su atención, acompañado de un gruñido un tanto familiar.

- Eres un desgraciado... - esbozo una escueta sonrisa, a la par que se inclinaba un poco sobre el umbral de la cabaña. - ¿En dónde has estado? ¡Joder!

De entre la maleza apareció, se trataba de un enorme ejemplar de San Bernardo, un perro de denso pelaje y bastante corpulento, aunque un tanto despistado (quizás por eso lo encontró vagando en el bosque).

- Ayer te estuve buscando toda la tarde, perro estúpido... - era imposible que el animal comprendiera lo que Abel le planteaba, pero parecía entender un poco de razones, ya que de un gran salto derribo al viejo hombre y lamio su ya congelada barba.

- ¡Basta! ¡Basta eh dicho! - y de un leve giro se quitó de encima a aquel bonachón.

Se apoyó un poco contra el marco de la puerta, para incorporarse de nuevo.

- Joder... esta maldita dolencia de otra vez. - gruño a ojos cerrados.

Abel podría ser un hábil cazador y un experto en combate (gracias a que paso gran parte de su vida en las fuerzas armadas), pero la edad es un enemigo acérrimo contra la que no podía ganar, pues esta se aprovechaba

de las viejas heridas de Abel sacando el mayor provecho posible.

Una resiente lesión en la espalda era lo que más le aquejaba, de vez en cuando leves contracturas musculares le escurrían de principio a fin, pero una vez que entraba en calor, su espalda volvía a la normalidad, era algo similar a lo de un viejo automóvil, el cual tenía que calentar motores antes de emprender su viaje.

- Entra de una buena vez maldita bola de pelos... te eh traído algo alimento.

Cerca de su chimenea yacía un viejo tazón repleto de croquetas, y más próximo a las brasas un balde con un poco de agua.

- Aliméntate bien... - le recomendaba a su compañero, mientras él se ajustaba los cordones del abrigo. - averigüemos que hemos capturado el día de hoy.

Aquel afelpado perro nunca recibió un nombre por parte de Abel, por lo cual siempre se refería al animal con distintos modismos, propios de su escasa cartera verbal.

Los preparativos estaban hechos, Abel cargo con saco y hacha en mano, esto no supondría un viaje largo, pues en la zona habitaban bastantes alimañas que con facilidad podrían haber caído en alguna de sus trampas.

Ya encaminados advirtió algo inusual.

- ¡Malditos forasteros! - si bien no le quedaba del todo hacer ese tipo de comentarios, lo lanzo en son de guerra para aquellos que perpetuaban sus tierras. - ¡Cuando los encuentre les are tragarse sus propios desechos!

Podía darse el lujo de descartar que se trataba de algún lugareño, pues ninguno era tan tonto como para desafiar a Abel el terror de los osos, y peor aun estando dentro de sus tierras. Guardo las envolturas dentro de los bolsillos del abrigo, realmente estaba ansioso por dejarles en claro a los intrusos que no eran bien recibidos en sus dominios.

Abel continuó por la zona, merodeando por donde había colocado sus trampas, pero el botín no era lo que esperaba.

- ¡Joder! - Y no era para menos, ya que la gran mayoría de sus trampas habían sido activadas, pero ninguna alimaña estaba dentro de ellas.

De pronto escucho que los gruñidos del perro eran bastante eufóricos, por lo que levanto la mirada hacia su dirección, quizás este suertudo había

encontrado algo.

- ¿Qué tienes ahí muchacho? – se acercó tan rápido como pudo.

El fino olfato de su acompañante había detectado un peculiar aroma, y no era para menos, ya que a los pies de Abel estaba la entrada a una pequeña madriguera.

- ¡Bien hecho muchacho! – sacudió un poco la gigantesca cabeza del can.  
- ¡no dejes que escapen!

Se volvió a incorporar y con detenimiento observó en las cercanías, estaba buscando alguna otra posible ruta de escape que tuviesen las alimañas, pero no comprobó ninguna más.

- Muy bien... déjame hacer esto. – regreso para retirar al perro de su labor, y con hacha en mano comenzó a ensanchar la entrada de la madriguera. - ¡Atento muchacho!

El can estaba más que preparado para atrapar a cualquier escurridizo, y una vez que Abel comprobó que su mano podía entrar con facilidad, la introdujo sin remedio en aquella oscura madriguera.

- ¡Te tengo! – y de un rápido tirón saco una apestosa liebre, la tibia orina del animal corría por la mano desnuda de Abel. - ¡Hay más muchacho, atento!

Otra regordeta liebre salió en cuanto Abel le advirtió al perro, y éste último de un certero mordisco atrapó aquel manjar, en el acto más liebres comenzaron a brotar de la madriguera, Abel colocó por reflejo su amplia bota apenas tapando la apertura que había hecho.

- ¡Maldición! – un par de liebres se le habían fugado, mismas que al cabo de unos segundos desaparecieron entre los arbustos del espeso bosque, pero eso no suponía un problema, al parecer había más dentro de aquel agujero.

De un fuerte apretón Abel partió el cuello de su presa, y con gracia la introdujo en el saco, mismo que arrojó al suelo, pues necesitaba ambas manos para la función principal, con un fuerte golpe con la cabeza del hacha, fragmentó los cráneos de las tres últimas liebres que estaban atrapadas en el lugar, a esta última por poco le saca los ojos del impacto.

Se levantó y relamió un poco sus labios, pues la recolecta del día estaba hecha. Abel permitió que su compañero permaneciera con aquella liebre que momentos atrás había capturado, pues el muy gustoso can no soltaba

a su presa por nada.

- Bien hecho muchacho... - Fueron las últimas palabras que Abel le dijo hasta llegar de nuevo a la cabaña.

Entrado el medio día, y ya con un succulento estofado de liebre en la olla, Abel se preparaba para crear un poco de fuego y así descongelar el tanque de agua, pues con frecuencia esta tendía a volverse un gigantesco bloque de hielo, pero aquello no suponía un gran reto para él, ya que con un poco de fuego debajo del mismo, y al cabo de unas horas disponía de agua tibia, misma con la que incluso solía darse asearse. El viejo ermitaño no consideraba inconveniente almacenar bidones de agua dentro de su cabaña, pero en ocasiones era recomendable tener una buena ración de esta almacenada en algún otro lugar, ya que en temporada de invierno Tim y el resto de las tiendas en Dove Wood solían quedar en desabasto de ciertos insumos, entre ellos las raciones de agua y provisiones.

No había nadie que tuviese el valor para desafiar los inviernos en Deer Mouth, la única carretera que conectaba al pueblo de Dove Wood y a la vez cruzaba el valle, se volvía una sentencia de muerte, las curvas, barrancos y poca visibilidad eran una combinación digna de respeto, incluso el terco de Abel era sometido ante tales condiciones.

- Bien... ya está lista. – una cálida fogata encerrada entre tabicones canalizaba su calor hacia la base del tanque, las grandes manchas de hollín solo significaban que era común ver aquel monstruo metálico posando sobre el fuego directo.

Cuando de pronto, un sonido apenas audible interrumpió al peludo compañero de Abel, quien todavía mordisqueaba los secos huesos de aquellas liebres.

- ¿Eh? ¿Qué sucede muchacho? – Abel se percató de la repentina hostilidad del perro, mismo que de un severo gruñido confirmó sus sospechas.

Se acercó al filo de su camioneta no sin antes tomar su confiable hacha, la blandió delante él, pero no logro ver más que un montón de troncos apilados entre sí.

- Deberías de tranquilizarte muchacho. – le sugirió a su peludo amigo.

Pero este no cesó, aun algo le incomodaba lo suficiente como para hacerle dejar su apreciado botín, cuando de pronto Abel también se percató... alguien los observaba, pero lo disimulo.

- Descuida chico, tal vez solo fue el viento. – ni bien termino la frase cuando tomó su hacha por el borde del mango lanzándola ferozmente por

el costado de su camioneta, acertando de lleno contra el robusto tronco de un pino.

Enseguida un par de figuras despavoridas salieron de entre los arbustos, Abel ya los había visto antes, se trataba de aquellos jóvenes con los que tuvo el altercado a fueras de la tienda de Tim.

- ¡Ustedes de nuevo! – el rostro de Abel bosquejo de inmediato una siniestra sonrisa, aún tenía un asunto pendiente que resolver con unas cuantas envolturas.

Aquel joven que había arrojado por los aires estaba temblando del miedo, pero con la única pisca de valor que le quedo le susurro.

- Por favor ayúdenos...

Era una petición que desconcertaba al gigantesco leñador, pero este simplemente asevero su mirada y la clavo sobre aquel desdichado.

- No queremos problemas señor... - apresuro a decirle el otro joven, el terror en sus ojos era autentico.

Abel continuó caminando, y lentamente comenzó a acortar la distancia entre los dos, la imagen era abrumadora para el par de jóvenes, pues frente de ellos un sujeto con muy mala pinta se acercaba amenazante, mientras que atrás de este, un gigantesco can les mostraba sus aterradoras fauces.

- ¿En dónde carajos se encuentra el otro sujeto? – les lanzo la pregunta cuando estuvo a un par de pasos frente a ellos, casi podían percibir el olor a humo que este desprendía.

Pero ninguno de los dos respondió, quizás por el miedo a decir algo equivocado.

- Realmente odio... tener que repetirme. – de su boca escapo una densa nube de vapor ni bien concluyó la frase, Abel era todo un monstruo.

Se acercó un poco más a los jóvenes y extendió su mano pasando justo en medio de ambos.

- Nuestro amigo se ha perdido señor. – aserto con su comentario el más próximo a Abel. – y necesitamos que alguien nos ayude.

- Húm...- gruño un poco - Ese no es mi problema.

Les resolvió mientras extraía su hacha que momentos atrás quedo

firmermente enterrada sobre aquel tronco.

- Lárguense de mi bosque, es mi última advertencia. – y de una señal con la mano hizo que aquel San Bernardo detrás suyo rugiera amenazante. – de lo contrario le ordenare a esta bestia que los expulse ...

De pronto un sonido metálico se escuchó en la lejanía, y al pasar los segundos se hacía más ensordecedor.

- ¿Qué es lo que querrá aquí? – Abel conocía muy bien ese oxidado sonido, se trataba del viejo cacharro que conducía el comisario de Dove Wood.

Por el rabillo del ojo notó como se acercaba hacia ellos.

- Deja en paz a esos críos Abel. – ordeno ni bien retiro la llave de la vieja motocicleta.

Aquel era un hombre entrado en los cincuenta, sin barba ni bigote, pero con una larga cola de caballo cual asomaba del clásico sombrero digno de un comisario.

- ¿Qué se la ha perdido en mis tierras jefe? – la última frase venía de cara a la decencia Cheyenne del comisario.

- Tan encantador como siempre señor Wilson. – abrió su chaqueta y del bolsillo tomó un cigarrillo.

- No se ponga tan como comisario, no tengo tiempo para sus tonterías. – empuño su hacha y la colocó sobre un nudo en su propio abrigo, dio media vuelta y solo agregó. – ¡así que salgan de mis tierras!

De una leve sonrisa aquel testarudo comisario le insistió desafiante, pasando cerca de aquellos chicos, y hasta colocarse sobre el cofre de la camioneta de Abel.

- Estoy un buscando a un chico...

- ¡Eso no me importa, ahora largo de aquí! – continuó colocando más leña al fuego que calentaba el tanque.

- Debería importante Abel... creemos que el amigo de esos críos se ha perdido en tus tierras. – regreso la mirada hacia aquellos jóvenes. – Y por las buenas te pediré que cooperes...

- Húm... - fue la única respuesta de Abel.

- O de lo contrario veras tu preciado bosque lleno de más invasores. – tras ello enciendo el cigarrillo, dando una profunda bocanada, casi consumiéndolo por completo, y al exhalar el humo comento. – y te aseguro Abel, que hasta tu cabaña será inspeccionada.

Sin mediar palabras Abel se levantó, y acercándose de mala gana al comisario, le extendió la mano.

- ¿Qué es esto? – extrañado recibió unas sucias envolturas.

- Las encontré temprano por la mañana, a unos trecientos metros cuesta abajo. – Abel devolvió la mirada a aquellos forasteros. – ellos deben saber algo al respecto... ahora largo de aquí Lonan.

Cuando los dos jóvenes notaron que aquellos hombres les arrojaron una severa mirada, comenzaron a retroceder.

- Lamentamos los inconvenientes... nosotros nos retiramos. – sin más comenzaron a ceder su postura, cuando de pronto.

- Yo no haría eso si fuera ustedes. – les hizo la peculiar sugerencia el comisario. – les puedo asegurar que el simple hecho de que hayan llegado hasta aquí fue mera suerte.

Ambos jóvenes se miraban confusos, no entendían el sarcasmo si es que hubiese algo de ello en su sugerencia.

- La zona está plagada de trampas... pues aquí el señor presente – apunto con la punta de su sombrero a Abel. – se ha encargado de ello... si se van será bajo su propio riesgo.

La confesión no estaba por demás, era época de celo para varias especies de animales, y el elocuente comisario daba por sentado que Abel no dejaría pasar aquella oportunidad.

- Les propongo un trato... si me ayudan a identificar estas envolturas, ordenare que una patrulla venga a recogerlos y los lleve a donde se están hospedando.

El comisario sabía que era un trato injusto, pues sin necesidad de ofrecerles un transporte él podía obligarlos a que cooperaran, pero al menos así los incitaba a quedarse y aportar algo a la búsqueda de su compañero, y sobre todo para hacerlos desistir de vagar por las zonas aledañas a las tierras de Abel.

- De acuerdo comisario, nos parece justo. –aunque desconfiados, se

acercaron para cooperar.

-Antes que nada, mi nombre es Lonan- ese viejo comisario era astuto, y se quería ganar su confianza. - Por favor díganme si reconocen esto. – sin demora les extendió la mano y sobre su palma mostro un par de envolturas.

- ¡Son las chocolatinas de Henry! ¿De dónde las ha sacado? – respondió el joven de lentes oscuros y cabello corto, parecía tener un severo problema de acné.

- Tú debes de ser Otis. – Le restregó el viejo comisario al desorientado excursionista– y por lo tanto tú debes ser Johann... ¿Correcto?

Los subordinados de Lonan se dieron a la tarea de darle todos los detalles del caso, y hasta ese día no había tenido la oportunidad de entrevistarse directamente con aquellos jóvenes que interpusieron la denuncia. Ya habían pasado cerca de setenta y dos horas desde que reportaron como desaparecido a su amigo, y hasta el momento no había señales de él.

- Usted disculpe señor... tiene razón mi nombre es Otis y él es Johann.

Johann era el nombre de aquel desdichado que días atrás había sido lanzado por los aires en el arrebató de Abel, y hasta ese momento aún resentía algo de dolor.

- ¿Señor?, por favor insisto... solo llámenme Lonan, o comisario Lonan si lo creen más oportuno. – tras esa tersa sonrisa el comisario realmente sentía repudio por cuanto extraño llegase al valle, pero su deber para con Dove Wood era intachable.

Abel se giró, dando la espalda a aquellos intrusos, se acercó de nuevo a la fogata que calentaba al tanque de almacenamiento, tomó un par de troncos arrojándolos dentro de las brasas.

- Comisario... le he dicho todo lo que necesita. – no se tomó la molestia ni de mirarlo a los ojos. – ahora por las buenas les pido se retiren de aquí.

Lonan no le respondió ante aquella advertencia, bien sabía que Abel era un caso perdido, pero por muchas razones también era un mal necesario. Regreso a su vieja motocicleta y tomo la radio.

- Central... necesito envíen una patrulla a los dominios del señor Wilson, lo antes posible por favor.

- Comisario Lonan... ¿en dónde consiguió esas envolturas? – Otis estaba repleto de dudas, y lo más seguro es que no encontraría todas las

respuestas que necesitaba.

- Muchacho. – le dijo a la par que se montaba sobre la motocicleta. – al parecer tu amigo está vagando por las tierras del señor Wilson...

- ¿Bueno y si es así porque no hacen nada para encontrarlo comisario? – Johann estaba entusiasmado por la noticia, pero sus esperanzas eran fugaces.

- El problema con que su amigo se haya perdido en este lugar. – se colocó el casco y prosiguió. – es que en esta tierra abundan viejos pozos...

- ¿Y que con eso comisario?... – Johann no intentaba ser insolente, pero las dimensiones del problema aun no las conocía del todo.

Lonan encendió la motocicleta de una patada, y la giro despacio sobre su propio eje, y justo antes de que emprendiera la marcha, este agregó.

- Y si su amigo cayó en alguno de ellos... pues digamos que esto ya no será una búsqueda, sino el rescate del cuerpo de su amigo.

Ambos jóvenes quedaron helados tras recibir ese comentario, aquellas tierras eran implacables con los desprevenidos, y las personas que ahí habitaban se habían impregnado en cierta medida de aquella esencia hostil.

Hace poco más de una semana, tres jóvenes turistas se habían embarcado en una aventura, estaban decididos a explorar las misteriosas grutas de Deer Mouth, pero ni bien no habían comenzado con su hazaña y ya sus vidas estaban en constante peligro.

Días atrás Henry, el cabecilla de la excursión y hermano de Johann, se enteró de que en las tierras de Abel (aquel abrumador hombre que los había confrontado), se ubicaba una gruta muy peculiar, la llamada Boca de Konah, la cual era el principal motivo por el que se había organizado tal viaje, más sin embargo cuando el resto del equipo se enteró sobre la ubicación de la gruta, decidieron convencer a Henry de que cediera con la idea, pero este no escucho de razones, y él personalmente salió aquella noche del altercado con Abel para tratar de obtener su permiso y poder explorar dicha gruta, más sin embargo este nunca volvió.

El antiguo valle de Deer Mouth encerraba grandes misterios, parecía que por naturaleza ahuyentaba a los forasteros, y aquellos desdichados estaban a punto de atestiguar el nacimiento del infierno.